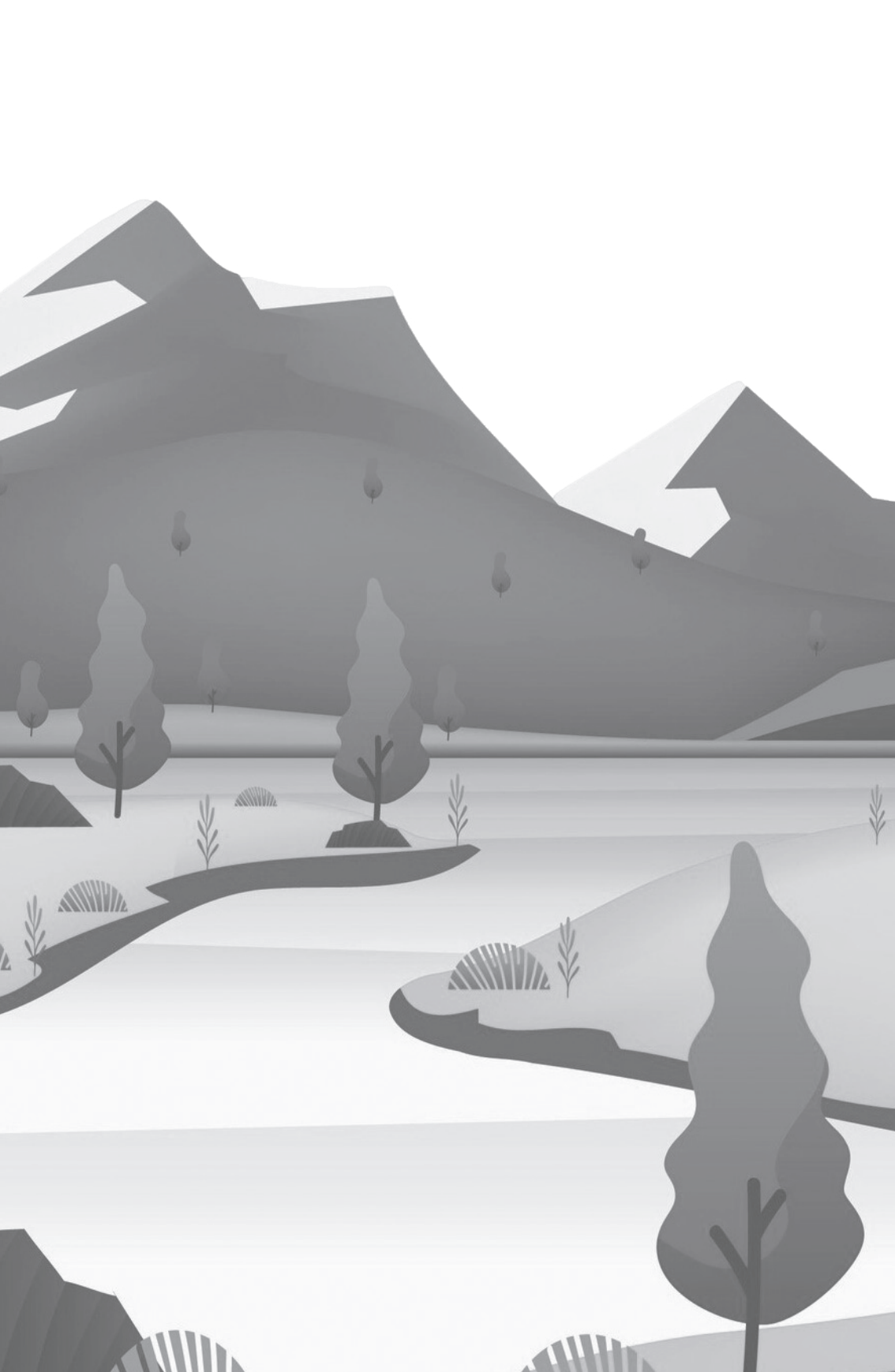


CAMBIO DE MARCHA

Jazz Forrester





CAMBIO DE MARCHA

(SHIFTING GEARS)

Jazz Forrester

TRADUCCIÓN DE
DIANA GUTIÉRREZ

Kakao  books

Primera edición: Septiembre de 2026

Título original: *Shifting Gears*

Editorial original: Ylva Publishing

© de la edición en español:

A. C. KAKAO BOOKS – Libros por la diversidad, 2026

www.kakaobooks.com – bookskakao@gmail.com

Reservados todos los derechos.

Ilustración de cubierta: Ronja Forleo

Traducción: Diana Gutiérrez

Correcciones: Dean Morales-Valero y Candela Díaz Pacheco

Maquetación: Diana Gutiérrez

Imágenes: Freepik (Magnific)

Impreso en Barcelona en Liberdúplex.

Colección: KAKAO+

El diseño de colección de KAKAO BOOKS es obra de Diana Gutiérrez.

El logotipo está diseñado por Rodrigo Andújar Rojo.

ISBN: 979-13-990569-0-7

Depósito legal: DL BU 53-2026

Thema: FRD



*Mamá, este libro es producto de quien tú me enseñaste a ser.
Eres mi experta en novelas románticas y espero que estés orgullosa.
Y para Sarah, siempre. Mi persona, mi amor, mi musa.
Brindo por los cientos de espirales de ansiedad escritoral
a través de los que has logrado sostenerme.*



CAPÍTULO 1



El interfono del escritorio de Eleanor chisporrotea con la voz de su secretaria por decimocuarta vez en lo que va de día. Eleanor lleva la cuenta; pone una marquita mental, con frustración, cada vez que interrumpe el hilo de sus pensamientos.

—¿Señorita Cromwell? Están aquí los ejecutivos de la reunión de las tres.

—Que pasen —dice Eleanor, distraída.

No levanta la vista del informe en el que intenta concentrarse. Lleva intentando releerlo desde la hora de comer para la reunión del consejo de mañana y, con la frecuencia de interrupciones de hoy, su avance ha sido irritantemente lento.

Algunas expresiones, como «terreno infrautilizado» y «potencial de crecimiento», le llaman la atención. Cuando Kayla y Ashwin entran a zancadas en su despacho, Eleanor sigue leyendo. Pueden esperar un minuto o dos.

Las plantas de fabricación en el condado de Bracken, Ontario, fueron clausuradas en 1996 por el CEO de CromTech, Robert

Cromwell, en favor de externalizar la producción. Los terrenos no se vendieron debido a la depreciación de su valor.

Eleanor se mordisquea el labio. Su padre seguramente no se lo pensó dos veces antes de eliminar de un plumazo el 45% de los puestos de trabajo de una región, provocando un súbito desempleo generalizado: así ahorra dinero. En cualquier caso, esto le presenta a Eleanor la oportunidad perfecta. Terreno infrautilizado, aún propiedad de CromTech, y con potencial de crecimiento: justo lo que necesita.

No se han llevado a cabo estudios topográficos, pero los mapas aéreos muestran...

Kayla agita delante de la página una mano de manicura impecable.

—¿Sigues con nosotros, Eleanor?

—Un momento —murmura Eleanor, apartándola de un golpe. Oye la risa grave de Ashwin.

—Ni cuando convocamos una reunión como directivos encuentra tiempo para nosotros.

Eleanor suspira. Le lleva un esfuerzo consciente no poner los ojos en blanco, pero deja el informe sobre el escritorio por el momento y presta toda su atención a sus amigos y socios. Están de pie a ambos lados de la mesa. Ash da golpecitos con el pie en el suelo, nervioso. Kayla se ha cruzado de brazos como una madre desaprobadora.

Solo cuando ya no hay escapatoria, Eleanor se da cuenta de que es una emboscada.

—Eleanor, cielo —dice Kayla con el tono suave y cuidadoso que se usaría para acercarse a un gato callejero—, estás matándote a trabajar.

Ashwin tiene puesta su cara de preocupación, esa con la que sus cejas pobladas y oscuras casi llegan a juntarse. Eleanor recuerda esa cara muy bien después de habérsela visto al menos una vez a la semana en la universidad, cuando él trataba con ahínco de ser el novio

falso que ella necesitaba para convencer a su padre de que no era una decepción absoluta.

En su defensa, aquel apaño había beneficiado a ambos: por aquel entonces Ash necesitaba la tapadera tanto como ella, aunque la puerta de su armario era casi de cristal. Su familia estaba a punto de comprarle a Eleanor un billete a Bombay para la ceremonia de compromiso cuando ella y Ash decidieron, de mutuo acuerdo, que la cosa había dejado de tener sentido.

El cariño que Eleanor siente por la expresión de Ash, tan familiar para ella como su propio reflejo, se atenúa por la irritación que le produce el tema que él y Kayla han venido a sacar.

—Estoy bien. Este no es el mejor momento para hablar de eso —dice, mientras abre en su portátil el orden del día de la reunión que podría cambiarlo todo.

Ellos siguen clavándole la mirada. Puede que mañana dé la presentación más importante de su carrera y sus amigos han elegido precisamente hoy para venir a darle la charla. Mañana tiene que ir todo perfecto. Tiene que hacerlo bien.

—Sé de buena tinta que esta semana has dormido en la oficina tres veces —dispara Kayla.

Eleanor cierra el portátil de golpe.

—¿Cómo lo has...?

—Hasta tu secretaria está preocupada por ti.

El zumbido distante de la impresora, en el escritorio de la susodicha secretaria, se oye por encima del silencio incómodo que se ha instalado en la habitación.

—Estoy bien —repite Eleanor, sabiendo, incluso mientras lo dice, que sus amigos no la van a creer.

—Kayla tiene razón —interviene Ash. Se recuesta contra la mesa de Eleanor y cruza los tobillos—. Desde que asumiste el puesto de CEO no has parado de machacarte. Tienes la tensión alta, estás perdiendo peso, nunca dejas de trabajar, no tienes vida social.

—No necesito vida social —le corta Eleanor—. Nunca la he necesitado. Lo sabéis mejor que nadie.

Ash y Kayla ponen los ojos en blanco a la vez. Eleanor los ignora deliberadamente.

Es Kayla quien continúa la argumentación de Ash; él siempre tuvo menos resistencia para las discusiones. Kayla, en cambio, es insuperable en cabezonería, y Eleanor lo sabe desde que eran adolescentes. Entonces ya era la reina de las protestas unipersonales, capaz de resistir más que la directiva del internado en cualquier pulso: desde los planes de estudio insuficientes hasta los códigos de vestimenta por género.

—Apenas duermes, nunca te vemos comer. Te vas a poner enferma como tu padre.

Eleanor empuja el táper de ensalada sin tocar y los tres vasos de café vacíos hacia un rincón menos visible del escritorio. Se ha vuelto a olvidar de comer, concentrada como estaba en los preparativos. Puede que sus amigos tengan razón, pero eso no cambia la realidad: su padre ya no está. Le dejó la empresa a Eleanor, para bien o para mal. Cuando, cinco años atrás, las opciones que se le presentaban eran liquidar sus acciones o abandonar su querido puesto en Investigación y Desarrollo para asumir el cargo de directora ejecutiva, el corazón y la cabeza de Eleanor tiraron en direcciones opuestas.

Sí, echa de menos usar el cerebro para algo más que relaciones públicas y márgenes de beneficios, pero nunca ha sido de las que anteponen lo emocional a lo lógico. Tomó el relevo, por duro que fuera. Incluso consiguió fichar a Kayla y Ash desde sus respectivas carreras en el sector inmobiliario y las inversiones para apuntalar su equipo directivo.

Aunque, en momentos como este, Eleanor se arrepiente un poquitín de haber contratado a sus amigos.

—Lo he dado todo por esta empresa. No lo pedí, pero ahora es mi vida —dice—. ¿Qué esperáis que haga?

La respuesta de Kayla es tan rápida y tajante que Eleanor está segura de que ella y Ash han ensayado palabra por palabra esa conversación:

—Tomarte un descanso.

Durante unos segundos, la frase no termina de calar. Cuando lo hace, a Eleanor le parece de lo más absurda.

—Muy graciosa.

—Todos los CEO que conozco se van de vacaciones en verano, excepto tú. Tu padre se cogía varias.

Esa es una cuestión en la que Eleanor debe admitir que Kayla tiene razón. Aunque Robert Cromwell era la persona más trabajadora que Eleanor conoció jamás, cinco de cada diez veces que Eleanor necesitaba contactar con él, su padre estaba trabajando desde alguna isla del Caribe con su esposa de turno. Rara vez daba la impresión de estar disfrutando, eso sí; se pasaba pegado al teléfono o al ordenador hasta altas horas de la noche.

Pero el argumento sigue siendo válido.

—Los directivos son como críos —apostilla Ash con una sonrisa ladeada—. Si los críos tuvieran bungalós sobre el agua en las Maldivas.

—¿Quieres que me vaya a las Maldivas?

—Queremos que te vayas, simplemente, a cualquier sitio que no sea este —dice Kayla—. Déjanos a cargo y desaparece unas semanas a donde sea. Podemos vender la historia que haga falta; tú solo vete a cuidarte un poco por una vez. Por favor.

Eleanor no ha visto tan sinceros a sus mejores amigos desde hace mucho tiempo. Incluso Ash, el bromista perenne, la mira con una seriedad poco habitual. Casi basta para que Eleanor se plantee en serio su propuesta.

Casi.

—Estáis diciendo tonterías —dice, empujando la silla hacia atrás.

Aparta a Kayla al pasar para coger el portátil y el informe abandonado. Tiene que terminar una presentación; si Kayla y Ash se empeñan en ocupar su oficina, tendrá que irse a la sala de juntas.

—Solo llevas cinco años al frente de esta empresa y ya te están saliendo un montón de canas. —Kayla la sigue hasta la puerta, con Ash pisándole los talones—. ¡Apenas has pasado de los treinta! No puedes seguir con este ritmo. Vas a reventar.

Eleanor se pasa una mano por el pelo largo, algo cohibida. Últimamente ha empezado a notar algún que otro hilo plateado entre las hebras oscuras, pero ir a una peluquería es lo último en su lista de prioridades. Empuja la puerta y alarga la mano hacia la bandeja de la impresora sin mirar.

—El color de mi pelo no es problema tuyo, Kayla. Tengo trabajo.

—Piénsatelo, ¿quieres? —le grita Ash.

Antes de que la puerta se cierre detrás de Eleanor, esta alcanza a oír el suspiro cansado de Kayla y un fragmento de conversación.

—¿Qué posibilidad crees que hay de que le dé un ataque de nervios de aquí a final de año?

—Diría que un treinta y cinco por ciento —murmura Ash.



Eleanor no duerme en la oficina esa noche. Tampoco está segura de que irse a casa le haga ganar puntos con Kayla y Ash, teniendo en cuenta que acaba igualmente atrincherada en su estudio y rodeada de comida rápida, pero espera que al menos aprecien el intento.

Esa presentación es más importante de lo habitual. Aunque el consejo de administración lleva años tumbándole las propuestas, Eleanor lleva mucho tiempo queriendo incorporar criterios de sostenibilidad tecnológica en CromTech. El problema, como siempre, es la financiación. La investigación y el desarrollo en sectores nuevos y no probados son caros, como no deja de recordarle el consejo.

Antes de insistir en que se aprueben esos proyectos tan apasionantes, necesita una empresa lo bastante rentable como para costearlos. Un sueldo con un margen de beneficio tan amplio que hasta su padre habría dado el visto bueno.

Eleanor preferiría mil veces estar en el hipotético equipo de diseño que trata de financiar y no liderando la búsqueda de financiación. Pero, si consigue que el nuevo proyecto sea lo bastante rentable, al menos podrá darse la satisfacción de ver que su trabajo da frutos, aunque sea desde la banda. Podrá dejar huella desde un puesto que nunca ha sentido que se mereciera, marcar un rumbo nuevo para la empresa y ganarse una fracción del respeto que despertaba su padre.

Esa presentación tiene que salir perfecta.

Eleanor está revisando las últimas diapositivas del PowerPoint cuando su móvil empieza a vibrar. El nombre que parpadea en la pantalla le resulta familiar, aunque le descoloca.

—Hacía mucho que no me llamabas de madrugada —dice en lugar de saludar.

Escucha una risa ligera.

—Hola a ti también —responde Lydia, arrastrando las palabras—. Siempre he apreciado de ti que pases de los preliminares y vayas a lo que importa.

—Si llamas por lo de siempre, no estoy para eso. —Eleanor se encaja el teléfono entre el hombro y la oreja y continúa tratando de encontrar las palabras justas para los puntos de la diapositiva—. Sigo sin tener tiempo.

—¿Ni siquiera para echar una canita al aire con una vieja conocida? Me han dicho que te vendría bien liberar tensión.

Los dedos de Eleanor se quedan congelados sobre el teclado.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Puede que Ash me haya mandado un mensaje.

A estas horas, Lydia estará saliendo de alguna fiesta en el centro de la ciudad. Encajando a Eleanor entre sus muchos planes sociales, como siempre, ya que el piso de Eleanor está cerca de donde suele salir de marcha. De fondo se oye el repiqueteo de unos tacones sobre un suelo caro, y Lydia tapa el micrófono para decirle algo a alguien en vietnamita mientras Eleanor piensa en la mejor forma de castigar a Ash.

Se frota las sienes. El dolor de cabeza que lleva unas horas rondándola va a más, y tantea hasta dar con el bote más cercano de ibuprofeno.

—Pues le ha faltado tiempo. ¿Qué te ha ofrecido a cambio de que me hagas pasar un buen rato?

—Nada. No ha sido más que un empujoncito. Está preocupado por ti.

—No me digas que ahora te vas a poner a preocuparte por mis sentimientos, después de todo este tiempo —dice Eleanor.

—No, aprecio nuestra relación tal como es —responde Lydia con una risita suave—, pero tampoco puedo impedir que ellos se preocupen.

Eleanor acompaña el analgésico con un trago de café frío y hace una mueca ante el regusto amargo.

—Ash tiene que aprender que no todo el mundo arregla sus problemas echando un polvo.

—A mí me parece una estrategia excelente —dice Lydia. Eleanor siempre ha valorado su franqueza, además de su discreción—. No es nada serio, Eleanor, solo una noche divertida. Es nuestro rollo.

Eleanor suspira. Su acuerdo casual con Lydia, casi corporativo, es lo más parecido a una relación estable que ha tenido desde la universidad; y, aun así, ni siquiera una dinámica tan sencilla y sin ataduras terminaba de encajar en la agenda de Eleanor. Decidieron, muy civilizadamente, tomarse un descanso hace unos meses, aunque Lydia le aseguró que la puerta de su dormitorio siempre estaría abierta para ella.

Por muy satisfactorio que pudiera resultarle un poco de sexo sin complicaciones, lo último que necesita Eleanor la noche antes de la presentación es distraerse. Apoya la frente sobre la mesa, cierra los ojos y espera a que desaparezca de su retina la marca luminosa de la pantalla del ordenador.

—De verdad que es tentador, pero tengo demasiadas cosas entre manos. No me queda energía.

—No podréis decir que no lo he intentado.

—Esto se está volviendo ridículo —murmura Eleanor—. Soy perfectamente capaz de gestionar mi propio estrés.

—Si quieres echarle la bronca a alguien, háblalo con tus amigos —dice Lydia, a la que, como siempre, se le nota la pérdida de interés en cuanto el sexo sale de la ecuación—. Tú avísame si quieres que nos veamos, ¿vale? Ya tienes mi número.

La línea se corta y, en el silencio que sigue, Eleanor decide que es más que hora de irse a la cama.



La reunión del consejo de administración está a un paso del desastre.

En realidad, casi todas han sido así desde el principio. El padre de Eleanor dejó a todos boquiabiertos cuando no legó sus acciones mayoritarias de CromTech ni a sus socios de confianza ni a su

esposa más reciente —todos los cuales están hoy presentes en el consejo—, sino a su hija. Es verdad que la había animado a cursar un MBA cuando su salud empezó a deteriorarse, pero no dio ninguna pista más de sus intenciones.

Cinco años después, Eleanor sigue dejándose la piel tratando de que el grupo de hombres y mujeres de mediana edad que conforma el legado de su padre la escuche. Es una lucha contra la tradición y el beneficio que a Eleanor siempre se le ha hecho cuesta arriba, y cada vez es más dura.

—¿Desde cuándo somos fabricantes de coches eléctricos? —escupe Renée Cromwell en cuanto termina la exposición de Eleanor.

Técnicamente es la madrastra de Eleanor, la última de las seis mujeres que ha habido con ese rol en su vida (cada cual más desagradable que la anterior y, por supuesto, aferrada a su apellido de casada), pero el hecho de que Renée apenas le lleve unos años siempre ha complicado su relación.

Renée ha sido su principal adversaria en todas y cada una de las reuniones. Intentó comprar las acciones de su difunto marido nada más morir este, y la decisión de Eleanor de quedárselas y asumir ella misma el puesto de directora ejecutiva abrió una grieta entre ambas que no ha dejado de ensancharse con los años. A diferencia de otras esposas anteriores de su padre, Renée es lista y ambiciosa, tiene un título en Empresariales y el respaldo de una sección tan amplia del consejo como para ser preocupante; Eleanor no sabe bien cómo se las ha apañado, pero sospecha que ha sido una mezcla de chantaje y pura fuerza de carácter.

—No hablo de vehículos —explica Eleanor, con toda la paciencia que puede reunir después de haber dormido tan poco—. Propongo diversificar hacia soluciones de transporte y combustibles más sostenibles para reducir las emisiones de carbono. Incorporar bioestimulantes.

Renée resopla.

—El sector medioambiental en Canadá es un pozo sin fondo.

—Pero tiene potencial —interviene Ash—. Hay ventajas fiscales y subvenciones. Ya hemos abierto mercados nuevos antes. Diversificar es parte importante de...

—Una cosa es diversificar y otra tirar tiempo y dinero a la basura con coches eléctricos.

Eleanor exhala despacio.

—Como he dicho, los coches son solo un sector del mercado. Llevo tiempo investigando nuevos tipos de biocombustibles reciclados, además de otros sistemas de energía y transporte sostenible.

—¿Llevas tiempo investigando? —Renée arquea el labio en una mueca de desdén—. ¿Otro de tus caprichos personales?

—Es un esfuerzo conjunto con el departamento de I+D —responde Eleanor con brusquedad.

La voz de Kayla interrumpe:

—Puede que tú no seas capaz de tener una idea original, pero Eleanor tiene todo el derecho del mundo a presentar sus proyectos. Es una ingeniera titulada.

Kayla y Ash son, por lo general, el único respaldo de Eleanor en estas reuniones. Kayla siempre ha sido la más ambiciosa del trío: encadena puestos con voracidad y encaja en el molde empresarial con mucha más facilidad que Eleanor. Ash siempre ha estado un poco en medio, tirando sobre todo de carisma y buenos contactos, y Eleanor era la cabeza pensante, la que se calla. Nunca había querido enredarse en el infierno corporativo que ahora es su pan de cada día. Aunque ayer prácticamente salió huyendo de ellos dos, ahora agradece tenerlos de su parte.

Un par de señores trajeados se revuelven incómodos en las sillas, pero solo Renée vuelve a abrir la boca.

—¿Y cómo propones que financemos esto? —pregunta sin molestarse en abrir la carpeta que tiene delante, donde podría encontrar esa información—. Salvar el planeta será muy noble y todo lo que tú quieras, pero... ¿cómo absorbemos todos esos costes?

—Si alguien prestase atención a la presentación que he traído —dice Eleanor, apretando el mando a distancia hasta casi clavárselo en la mano—, vería que ahí expongo una posible solución.

El PowerPoint de Eleanor vuelve a la vida en el proyector.

—CromTech explotaba antes minas de níquel y plantas de fabricación en el condado de Bracken, en Ontario —prosigue Eleanor, alzando ligeramente la voz cuando ve que Renée vuelve

a abrir la boca—. La región entró en una depresión económica cuando empezamos a deslocalizar la producción. Todavía conservamos allí una parcela grande de terreno. Ahora mismo no vale prácticamente nada, pero con un poco de esfuerzo podríamos comprar los terrenos colindantes más baratos, urbanizarlos para aumentar su valor y venderlos luego con un beneficio considerable. Esas ganancias bastarían para financiar los proyectos de I+D que propongo.

—¿El desarrollo inmobiliario rural es tu solución? —la interrumpe Renée una vez más—. Somos una empresa tecnológica. De Toronto.

Pero el resto de la sala parece haber despertado al oír las palabras «beneficio considerable».

—Kayla era una de las mejores promotoras de la ciudad antes de incorporarse a CromTech —dice Eleanor, segura al menos de esa parte de la propuesta—. Ha sido fundamental en la fase de planificación.

—¿Y cómo crees que se lo van a tomar los vecinos si nos ven volver por allí? ¿Piensas que nos van a recibir con los brazos abiertos?

—Es obvio que puede haber fricciones si aún nos guardan rencor, pero creo que merece la pena estudiarlo. La prioridad del condado será mejorar su situación, sin importar quién firme el cheque.

—Ah, ¿y cómo lo averiguamos? ¿Mandamos a alguien a hacer entrevistas a pie de calle? —replica Renée con sorna.

La reunión se está convirtiendo en un duelo mano a mano. Eleanor reúne lo que le queda de paciencia.

—Lo que propongo es una moción para encargar un estudio de viabilidad —dice entre dientes—. Mandaríamos a alguien a la zona unas semanas para que haga un estudio preliminar y un análisis coste-beneficio de rehabilitar la propiedad. Esa persona elaboraría una propuesta concreta de desarrollo y prepararía un informe para presentarlo en el cuarto trimestre.

—Yo secundo la moción —salta Ash antes de que Renée vuelva a la carga—. ¿Votos a favor?

Algo más de la mitad del consejo levanta la mano. Renée pone mala cara, pero los números hablan solos.

—Siete a favor y seis en contra —dice Eleanor, agotada—. La moción queda aprobada.

La reunión se da por concluida poco después. Todos van saliendo, Kayla y Ash incluidos, pero Renée tarda en recoger sus cosas. Normalmente, cuando se queda rezagada, es porque quiere regañar a Eleanor por algo. La última vez fue una crítica a su ropa; la anterior, una lección insufrible sobre protocolo en las presentaciones. Sin embargo, esta vez Renée se limita a colgarse el bolso al hombro; al hacerlo golpea el vaso de café de Eleanor y lo vuelca sobre la mesa.

Eleanor no se mueve para limpiar el café una vez que el ruido de los tacones de Renée se pierde por el pasillo. En lugar de eso, se inclina hacia delante, apoya las manos sobre la superficie y observa cómo el líquido oscuro se extiende sobre la madera barnizada. En él ve su propio reflejo tembloroso.

Ash y Kayla tienen razón, por mucho que le moleste. Parece muy cansada, incluso bajo su capa de maquillaje. Ya sea por estrés o por pura falta de luz solar, su piel, pálida de por sí, está más cetrina que nunca, y el contraste con el pelo moreno le resalta aún más las ojeras.

Es incómodo, pero le recuerda al aspecto que tenía su padre los últimos años al frente de la empresa. Exprimido. Agotado. Infeliz.

Debería estar exultante de que hayan aprobado su propuesta, aunque por un margen mínimo. El primer paso de su plan ya está en marcha. Sin embargo, siente un nudo en la garganta mientras contempla las pruebas físicas de su estrés. Es una bola insistente de tensión y ansiedad que amenaza con convertirse, muy deprisa, en el colapso que Kayla y Ash pronosticaron, y cada vez le quedan menos fuerzas para hacerle frente.

—Bueno, ha costado —dice una voz.

Eleanor da un respingo y se da la vuelta para mirar a Kayla, que está de pie en el umbral de la puerta, tendiéndole un puñado de servilletas.

—Más que de costumbre —admite Eleanor. Carraspea, arroja las servilletas sobre el café y deja que se empapen—. Pero ya sé que mis proyectos de tecnología sostenible son difíciles de vender. Tengo que darles primero un incentivo financiero.

—El desarrollo lleva tiempo. Mucho tiempo. No verás beneficios con eso en años.

—Lo sé. —Eleanor suspira—. Ahora mismo el problema más urgente es encontrar a alguien que quiera irse al quinto pino a hacer ese estudio de viabilidad.

Kayla barre las servilletas empapadas de la mesa y las tira a la papelera. Su sonrisa muestra mucha más seguridad de la que siente Eleanor.

—Sobre eso: Ash y yo hemos tenido una idea.